

y no de los milaneses. Ajustaron, pues, un acuerdo, obligándose los venecianos á pagar al Conde, hasta que se apoderase de Milán, trece mil florines mensuales y á auxiliarle durante la guerra con cuatro mil caballos y dos mil infantes. Sforza se comprometió á devolver á los venecianos las ciudades, los prisioneros y cuanto les había ocupado en la guerra, contentándose con el territorio que el duque Visconti poseía cuando murió.

XX. Al saber este acuerdo los milaneses, les contristó mucho más que les había alegrado la victoria de Caravaggio. Los grandes estaban desolados, el pueblo furioso, las mujeres y los niños lloraban, y todos acusaban al Conde de traidor y desleal. Aunque no esperaban apartarle de su determinación con ruegos ni promesas, enviáronle embajadores para ver con qué semblante y con cuáles razones explicaba su maldad. Al presentarse al Conde, le habló uno de ellos de esta manera:

«Los que desean conseguir de alguien alguna cosa, acuden á él con ruegos, ofertas ó amenazas, para que, movido por la misericordia, la conveniencia ó el miedo, acceda á lo que se pide. Pero con los hombres crueles y ávidos, ó que se juzgan poderosos, no se pueden emplear ninguno de aquellos tres medios, porque ni los ruegos les ablandan, ni las promesas les seducen, ni las amenazas les asustan. Por tanto, nosotros, que al presente conocemos, aunque tarde, tu crueldad, ambición y soberbia, venimos á ti, no para pedirte nada, ni con esperanza de obtener nada, aunque pidiéramos, sino para recordarte los beneficios que has recibido del pueblo milanés, y demostrarte con cuánta ingratitud los has pagado, á fin de que, entre tantos males como sufrimos, tengamos el placer de vituperar tus hechos.

»Recordarás bien cuál era tu situación á la muerte del duque Felipe. Eras enemigo del rey de Nápoles y del Papa; habías abandonado á los florentinos y á los venecianos, quienes por justa y reciente indignación, y por no necesitar de ti, eran tus enemigos; tenías agotado tus recursos en la guerra contra la Santa Sede: sin tropas, sin amigos, sin dinero y privado de toda esperanza de poder conservar tus Estados y mantener tu antigua fama, tu ruina era segura, á no ser por nuestra insensata confianza. Sólo nosotros te abrimos las puertas por respeto á la memoria de nuestro Duque, de quien eres pariente y con quien habías hecho nueva alianza, creyendo que conservarías el mismo afecto á sus herederos, y que si, á sus beneficios se unían los nuestros, esta amistad no sólo sería íntima, sino perpetua; por ello añadimos á las condiciones de tu alianza con el Duque, la de darte Verona y Brescia.

»¿Qué más podíamos darte ú ofrecerte? ¿Qué más podías lograr ó desear, no digo de nosotros, sino de cualquier otro en tiempo alguno? De nosotros recibiste inesperado bien, y en recompensa recibimos de ti inesperado mal.

»Y no es ahora cuando has empezado á mostrarnos tu malevolencia porque, tan pronto como fuiste general de nuestro ejército, contra toda justicia, te quedaste con Pavía, lo cual debió advertirnos del fin que tu amistad tendría. Sufrimos entonces la ofensa, creyendo que esta adquisición colmaría, por su grandeza, tu ambición. Pero ¡ah! los que desean el todo no se satisfacen con parte. Prometiste que tus futuras conquistas serían para nosotros, porque sabes bien que lo que se da en muchas veces se puede quitar de una. Así lo has hecho después de

la victoria de Caravaggio que, preparada con nuestra sangre y nuestro dinero, para nuestra ruina la has conseguido.

»¡Infelices ciudades las que necesitan defender su libertad contra la ambición de quien quiere oprimirlas; pero más infelices las que necesitan defenderse con armas mercenarias y desleales, como las tuyas! Sirva, al menos, nuestro ejemplo á la posteridad, puesto que no nos ha servido á nosotros el de los tebanos y Filipo de Macedonia quien, después de ser su general y vencer á sus enemigos, volvióse contra ellos y se convirtió en su Señor.

»No podemos ser acusados de otra culpa que de la de confiar mucho en quien debimos confiar poco, porque tu vida pasada, tu insaciable ambición no satisfecha con ningún cargo ni estado, nos debieron servir de advertencia y no cifrar esperanzas en quien engañó al Señor de Luca, sacó tributos á florentinos y venecianos, trató sin consideración al duque de Milán, insultó á un rey, y sobre todo, persiguió con tantas injurias á Dios y á la Iglesia.

»Jamás debimos creer que los milaneses tuvieran en el ánimo de Francisco Sforza más autoridad que tantos soberanos y que con nosotros guardara la fe que con tantos otros había violado.

»Sin embargo, esta escasa prudencia nuestra no excusa tu perfidia ni borra la infamia que nuestras justas quejas harán caer sobre ti en todo el mundo; ni evitará que te remuerda la conciencia cuando vuelvas contra nosotros, para herirnos, las mismas armas que preparamos para ofender y amedrentar á otros, porque tú mismo te juzgarás digno del castigo que los parricidas

merecen. Y aunque la ambición te ciegue, todo el mundo, testigo de tu iniquidad, te hará abrir los ojos; te los hará abrir Dios, si detesta el perjurio, la fe violada y la traición; si, como ha hecho hasta ahora con algún designio providencial, se muestra enemigo de los malvados.

»No te prometas, pues, segura la victoria, porque la justa ira de Dios la impedirá, y estamos resueltos á defender hasta morir nuestra libertad: cuando no podamos defenderla, antes nos someteremos á cualquier otro príncipe que á ti. Y si nuestros pecados fueran tales que, contra todo nuestro deseo, cayéramos en tus manos, ten por cierto que el reinado que tú empieces con engaño é infamia, acabará en ti ó en tus hijos con daño y vituperio.»

XXI. El conde Sforza, aunque se sintiera ofendido en todos conceptos por los milaneses, sin mostrar en sus palabras ni en su semblante alteración extraordinaria, respondió que de buen grado atribuía al estado iracundo de sus ánimos las graves injurias de sus impremeditadas frases, á las que contestaría particularmente, de estar ante alguno que debiera ser juez en esta cuestión, para que se viera que no había ofendido á los milaneses, sino precavido sus ofensas, porque bien sabían de qué modo se condujeron después de la victoria de Caravaggio; cuando en vez de premiarle con Verona y Brescia, procuraban hacer la paz con los venecianos, á fin de que sobre él cayeran las culpas de la enemistad, y para ellos fuera el fruto de la victoria, el mérito de la paz y las ventajas conseguidas en esta guerra. De suerte que no podían quejarse de que se adelantara él á hacer la paz que ellos intentaban ajustar; y de tardar él en convenirla, tendría ahora que acusar á los milaneses de la ingratitud que

le echaban en cara; que si esto era ó no cierto, lo demostraría, con el fin de la guerra, el mismo Dios, á quien ellos apelaban para ser vengador de sus ofensas, y que sabía quiénes eran sus amigos y quiénes defendían mayor justicia.

Cuando partieron los embajadores, preparóse Sforza á atacar á los milaneses, y éstos se dispusieron á la defensa, con ayuda de Francisco y Jacobo Piccinino que, por la antigua rivalidad entre los ejércitos de Braccio y de Sforza, permanecieron fieles á los milaneses. Estos pensaron defender su libertad, al menos hasta que pudieran separar á los venecianos del Conde, cuya alianza y amistad no creían fuese muy duradera.

Por otra parte, Sforza, que comprendía lo mismo, juzgó atinado, para cuando el compromiso no bastara, mantener por el interés la alianza de los venecianos, y por ello, al convenir las operaciones de la guerra, consintió que éstos atacaran á Crema, mientras él con sus tropas ocupaba el resto del Ducado. Dicho convenio cegó la prudencia de los venecianos, durando tanto su alianza con el Conde, que éste ocupó todo el Estado de Milán y estrechó á la capital de tal suerte, que de nada podía proveerse.

Desesperados los milaneses de cualquier otro socorro, enviaron embajadores para rogar á los venecianos que se compadecieran de su situación, y que, según costumbre de las repúblicas, tuvieran á bien favorecer su libertad y no á un tirano que, si lograba enseñorearse de aquella ciudad, no podrían reprimir; añadían que no creyeran se contentase Sforza con las condiciones estipuladas, pues reclamaría pronto los antiguos límites del Ducado.

Aun no se habían apoderado los venecianos de Crema,

y, queriendo tomarla antes de cambiar de partido, respondieron públicamente no poder ayudarles, por el convenio hecho con el Conde; pero privadamente les dieron á entender que podían contar con su alianza y hacerlo esperar á sus conciudadanos.

XXII. Estaba ya el Conde con su ejército tan inmediato á Milán, que combatía los barrios extramuros, cuando los venecianos, poseedores ya de Crema, juzgaron oportuno no diferir su alianza con los milaneses, con quienes hicieron un tratado, prometiendo en los primeros artículos del mismo defender la libertad de Milán. Inmediatamente después ordenaron á las tropas suyas, que estaban con el Conde, dejar el campamento de éste, y retirarse á las posesiones venecianas.

También dieron cuenta al Conde de la paz hecha con los milaneses, ofreciéndole el término de veinte días para aceptarla.

No admiró al Conde lo hecho por los venecianos, pues de mucho tiempo atrás lo tenía previsto y esperaba ocurriese cualquier día. Sin embargo, no por ello dejó de dolerse, sintiendo el mismo disgusto que habían tenido los milaneses cuando él les abandonó. Tardó dos días en contestar á los embajadores venecianos que habían ido á notificarle el acuerdo, y en este tiempo determinó entretener á los venecianos y no abandonar la empresa, para lo cual decía públicamente que aceptaba la paz, enviando embajadores á Venecia con amplias facultades para ratificarla, pero encargándoles privadamente que en modo alguno lo hicieran, sino que, inventando dificultades, difriesen el firmarla. Y para que los venecianos creyesen que decía la verdad, pactó tregua con los milaneses por un mes, se apartó de Milán, y puso su ejército dividido

en alojamientos en los lugares que alrededor de aquella capital había ocupado.

Esta determinación fué causa de la ruina de los milaneses y de la victoria de Sforza, porque, confiando los venecianos en la paz, procedieron con lentitud en las provisiones de la guerra, y fiando los milaneses en la tregua, viendo apartado al enemigo y aliados á los venecianos, creyeron que Sforza abandonaba por completo la empresa. Esta creencia les perjudicó en dos sentidos: uno, porque descuidaron los medios de defensa; y otro, porque, libre el país de enemigos y siendo la época de la siembra, sembraron mucho grano, con lo cual pudo Sforza más pronto sitiarles por hambre. Todas estas cosas que perjudicaban á sus enemigos, le eran útiles, y la tregua le permitió dar descanso á su ejército y proveerse de refuerzos.

XXIII. En esta guerra de Lombardía los florentinos no se habían declarado partidarios de ninguno de los contendientes, ni habían prestado auxilio á Sforza cuando defendía á los milaneses, ni después, porque el Conde, que no tuvo necesidad de él, tampoco había hecho instancia alguna por que se lo prestaran. Sólo después de la derrota de Caravaggio y, por las obligaciones que la alianza les imponía, dieron auxilio á los venecianos.

Pero cuando Sforza quedó sólo, no sabiendo á quién recurrir, vióse obligado á pedir ayuda á los florentinos, públicamente al Estado de Florencia, y privadamente á los amigos, sobre todo á Cosme de Médicis, con quien siempre había tenido amistad y que, en todas sus empresas, le había aconsejado lealmente y auxiliado con esplendidez.

No le abandonó Cosme en este apuro, pues, como par-

particular, le entregó gruesas cantidades de dinero, animándole á continuar la empresa. También procuró que el gobierno florentino le ayudara; pero éste tropezaba con dificultades.

Era en Florencia potentísimo Neri de Gino Capponi (1449), á quien no parecía beneficioso para su patria que Sforza ocupara á Milán, y creía más conveniente para la tranquilidad de Italia la ratificación de la paz por el Conde, que la continuación de la guerra.

Primeramente temía que los milaneses, por su indignación contra Sforza, se entregaran completamente á los venecianos, lo cual sería ruinoso para todos, y después, si Sforza lograba apoderarse de Milán, parecía que, unidos tanto ejército y Estado tan importante, llegarían á ser formidables, y si el conde Sforza era ya por su ambición insufrible, lo sería mucho más al convertirse en Duque de Milán. Por todo esto aseguraba que lo mejor para la república de Florencia y para Italia era que el Conde quedara con su fama de general y se dividiera la Lombardía en dos repúblicas, las cuales jamás se unirían para atacar á sus vecinos y, separadamente, no podrían ofenderles. Para conseguir esto, lo mejor era no auxiliar al Conde, y mantener la antigua alianza con los venecianos.

Los partidarios de Cosme de Médicis rechazaban estos argumentos, por creer que los consejos de Neri no eran por el bien de la República, sino porque, siendo Sforza amigo de Médicis, no quería que llegara á ser duque de Milán, para impedir que Cosme fuera sobradamente poderoso.

Por su parte, Cosme de Médicis mostraba, con razones, que el ayudar al Conde sería para Florencia y para

Italia utilísimo, porque no era acertado creer que los milaneses pudieran vivir en república, pues sus inclinaciones, su manera de vivir, los partidos que de antiguo dividían la ciudad, eran contrarios á la forma de gobierno republicana; de suerte que precisamente, ó el Conde llegaba á ser Duque de Milán, ó los venecianos dueños de este Ducado; y en tal alternativa nadie era tan ciego que dudara de cuál era el mejor partido, entre tener por vecino un amigo ó un enemigo poderoso.

No creía en la sospecha de que los milaneses, por su guerra con Sforza, se sometieran á los venecianos, porque el Conde tenía partidarios dentro de Milán, y éstos no; de suerte que, si no podían defenderse como libres, antes se someterían al Conde que á Venecia.

Esta diversidad de opiniones mantuvo indeciso al gobierno florentino, y al fin determinó enviar embajadores al Conde para tratar de la forma del acuerdo, recomendándoles, si le hallaban con fuerzas para poder esperar que triunfase, hacer el tratado, y si no, alargar las negociaciones y diferirlo.

XXIV (1450). Encontrábanse estos embajadores en Reggio, cuando supieron que el Conde era ya Señor de Milán porque, al terminar la tregua, sitió con su ejército la ciudad, esperando tomarla en breve, á despecho de los venecianos, porque éstos no la podían socorrer sino por la parte del río Adda, paso que fácilmente cerraría. Por estar en el rigor del invierno no temía que los venecianos fueran á guerrear contra él, y esperaba conseguir la victoria antes de la primavera, sobre todo habiendo muerto Francisco Piccinino y quedando su hermano Jacobo como general de los milaneses.

Los venecianos enviaron embajadores á Milán para

animar á los ciudadanos á la defensa, prometiéndoles grande y pronto socorro.

Hubo durante el invierno, entre las tropas venecianas y las de Sforza, algunos combates de escasa importancia; pero, al llegar el buen tiempo, el ejército veneciano, á las órdenes de Pandolfo Malatesta, estaba á orillas del Adda. Deliberóse allí si, para socorrer á Milán, debían atacar al Conde y arriesgar la fortuna de una batalla. Malatesta opinó que, conocido el valor del Conde y de su ejército, era muy peligroso este partido, y creyó que, sin pelear, se podía vencer seguramente, porque la falta de viveres y forrajes obligarian á Sforza á marcharse. Aconsejó, por tanto, permanecer en aquel alojamiento para dar esperanzas de socorro á los milaneses y evitar que, por desaliento, se entregaran al Conde.

Aprobaron esta determinación los venecianos, por creerla segura y por esperar que, teniendo á los milaneses en aquel apuro, veríanse precisados á someterse á su dominio; suponiendo que jamás se entregarían al Conde, á causa de las ofensas que de él habían recibido.

Entretanto, los milaneses habían llegado á extrema miseria. Los pobres, que en esta ciudad abundan siempre, moríanse de hambre por las calles. Suscitábanse murmuraciones y quejas en distintos puntos de la ciudad, causando gran temor á los magistrados, que procuraban por todos los medios evitar los tumultos.

Es difícil inducir á la multitud á las revueltas; pero cuando está dispuesta á ellas, el menor accidente las suscita. Dos hombres de escasa posición social hablaban junto á la Puerta Nueva de las calamidades de la ciudad, de la miseria y de los medios de conjurarlas. Reuniéronse á ellos otros, hasta formar un grupo numeroso.

Corrió la noticia por la ciudad de que en la Puerta Nueva se habían sublevado contra los magistrados; y la multitud, que esperaba cualquier excitación, acudió á las armas. Nombraron los amotinados jefe á Gaspar de Vicomercato, y fueron á donde estaban reunidos los magistrados, atacándoles con tal violencia que, los que no pudieron huir, fueron muertos, entre éstos Leonardo Veniero, embajador veneciano, á quien consideraban causa del hambre y la miseria.

Quedaron los amotinados dueños de la ciudad y deliberaron acerca de lo que convenía hacer para salir de tantos trabajos y disfrutar de algún descanso. Todos convenían en que, no pudiendo subsistir la forma republicana, convenía someterse á la dominación de un príncipe que les defendiera. Unos querían por Señor al rey Alfonso, otros al duque de Saboya, otros al rey de Francia. Ninguno nombró á Sforza. ¡Tan grande era la indignación que aun sentían contra él!

No pudiendo ponerse de acuerdo acerca del príncipe que había de ser su Señor, Gaspar Vicomercato fué el primero que nombró al Conde y demostró, en largo discurso que, queriéndose quitar la guerra de encima, el único recurso era llamar á Sforza, porque el pueblo de Milán necesitaba pronta y segura paz, no larga esperanza de futuro socorro. Procuró excusar la conducta del Conde y acusó á los venecianos y á todos los demás príncipes de Italia de no haber querido, unos por ambición y otros por avaricia, que los milaneses vivieran libres. Puesto que necesitaban hacer el sacrificio de la libertad, debían ponerla en manos de quien supiese y pudiera defenderla, para que al menos la servidumbre produjera la paz y no mayores daños y guerra más peligrosa.

Oyéronle con profunda atención, y terminado su discurso, gritaron que llamaran á Sforza, nombrando á Vicomercato embajador para decírselo. Por mandato del pueblo fué en busca del Conde, dándole tan satisfactoria noticia, que Sforza oyó alegremente; y entrando en Milán como soberano el 26 de Febrero de 1450, con grande y maravillosa alegría le recibieron los mismos que poco antes con tanto odio le habían infamado.

XXV. Al llegar á Florencia la noticia de este suceso, dieron órdenes á los embajadores florentinos, que estaban en camino, para que, en vez de ir á negociar tratado con el conde Sforza, fueran á felicitar á Sforza, duque de Milán.

Recibió el Duque con mucho agasajo á los embajadores y les colmó de honores, porque sabía bien que, contra el poder de los venecianos no tendría en Italia amigos más fieles y resueltos que los florentinos, quienes, después ya el temor á la casa Visconti, comprendían á su vez la necesidad de combatir contra el rey Alfonso y los venecianos, porque aquél era su enemigo á causa de la amistad que Florencia tuvo siempre con la Casa de Francia, y éstos tendrían ahora á Sforza el mismo temor que tuvieron antes á los Visconti, de suerte que, conocida la tenacidad con que persiguieron á éstos, esperábase hicieran lo mismo con Sforza.

Buscaban, pues, todos los medios de aminorar el poder de Venecia, y por ello el nuevo Duque estrechó fácilmente su amistad con los florentinos, mientras los venecianos se ponían de acuerdo con el rey de Nápoles contra los comunes enemigos, obligándose á mover sus ejércitos al mismo tiempo, atacando el Rey á los florentinos y los venecianos al Duque, que, en opinión de

aquéllos, por lo reciente de su elevación al mando del Estado de Milán, ni con sus fuerzas propias ni con las de sus aliados podría sostenerse.

Pero duraba la alianza entre florentinos y venecianos, y el Rey, después de la guerra de Piombino, había hecho la paz con aquéllos, no juzgando oportuno quebrantarla si no había motivo que justificara la guerra (1451). Por esto los venecianos y Alfonso enviaron embajadores á Florencia que, á nombre de sus respectivos gobiernos, declararon haber hecho alianza, no para ofender á otros, sino para defensa de sus propios Estados.

Quejáronse después los venecianos de que los florentinos habían permitido el paso á Alejandro, hermano del Duque, por la Lunigiana, para ir con tropas á la Lombardia, y además, de que habían sido autores y consejeros del acuerdo del Duque con el marqués de Mantua, cosas ambas que aseguraban ser contrarias á Venecia y á la amistad existente entre venecianos y florentinos. Recordaban, por tanto, benévolutamente que, quien ofende sin motivo, provoca á que con razón le ofendan, y quien quebranta la paz, debe esperar la guerra.

La Señoría encargó á Cosme de Médicis responder á estos cargos, quien, en largo y hábil discurso, enumeró los beneficios hechos por Florencia á la República veneciana, mostró el poder que ésta había adquirido con el dinero, los soldados y los consejos de los florentinos, y recordó que, habiendo sido los florentinos iniciadores de la amistad con los venecianos, no lo serían de la enemistad y, amantes siempre de la paz, celebraban el acuerdo hecho entre ellos, puesto que para la paz y no la guerra lo habían ajustado. Añadió que en verdad se maravillaba de las quejas expuestas, viendo que tan gran Re-

pública tomara en cuenta cosas tan ligeras y vanas; pero aunque fueran dignas de consideración, sólo probarían que el paso por su República era libre y estaba abierto á todo el mundo, y que el duque de Milán era tan poderoso, que no necesitaba consejos ni favores para trabar amistad con el marqués de Mantua; por todo lo cual sospechaba que las quejas encerraran algún veneno oculto, y que, en cualquier eventualidad, fácilmente harían saber á todos que la amistad de los florentinos era tan útil, como dañosa su enemistad.

XXVI. Este altercado no tuvo por entonces consecuencias, y pareció que los Embajadores se retiraban satisfechos. Sin embargo, la alianza y el comportamiento de los venecianos y del rey de Nápoles, más bien hacían temer á los florentinos y al duque de Milán próxima guerra, que confiar en la continuación de la paz. Por tanto, los florentinos pactaron alianza con el Duque y, mientras tanto, quedó de manifiesto la mala voluntad de los venecianos, porque hicieron liga con los de Siena, y expulsaron de sus dominios á todos los florentinos y súbditos de esta República, haciendo lo mismo al poco tiempo el rey Alfonso, sin consideración ninguna á la paz que el año anterior habían pactado, y sin razón ni pretexto para ello.

Procuraron los venecianos atraerse á los de Bolonia y, armando á los desterrados de aquella ciudad, y con bastantes soldados, entraron de noche en ella por las cloacas. No fueron descubiertos hasta que dieron los primeros gritos. Santi Bentivoglio levantóse inmediatamente, y supo que toda la ciudad estaba ocupada por los rebeldes. Aunque le aconsejaron muchos que salvara su vida con la fuga, puesto que, quedándose, no po-

día salvar la población, quiso, sin embargo, hacer frente á la mala fortuna y, empuñando las armas, animó á los suyos. Poniéndose al frente de algunos amigos, atacó y derrotó á los rebeldes, matando á muchos y arrojando de la ciudad á los demás. En vista de ello juzgaron todos que había dado prueba indudable de ser de la raza de los Bentivogli.

Estos sucesos produjeron en Florencia el convencimiento de la futura guerra, y por ello acudieron á sus antiguos y constantes medios de defensa. Crearon la magistratura de los Diez, tomaron á sueldo nuevas tropas, y enviaron embajadores á Roma, Nápoles, Venecia, Milán y Siena, para pedir ayuda á los amigos, averiguar los intentos de los sospechosos, ganarse los dudosos, y descubrir los proyectos de los enemigos.

Del Papa sólo obtuvieron frases vagas, buena disposición y consejos de paz. Del Rey vanas excusas por haber expulsado á los florentinos, ofreciendo dar salvoconducto á quien lo pidiera, y aunque cuidadosamente ocultó sus proyectos de nueva guerra, sin embargo los embajadores conocieron sus intenciones y descubrieron muchos de sus preparativos para atacar á la República florentina. La alianza con Sforza la estrecharon con nuevas obligaciones, y, por su intervención, se pactó un tratado de amistad con los genoveses, terminando las cuestiones antiguas con esta República por represalias y otros asuntos, aunque los venecianos apelaron á diferentes medios para impedirlo, acudiendo, además, al Emperador de Constantinopla para que expulsara de su imperio á los florentinos (tanto era el rencor con que emprendían esta guerra, y tanto podía en ellos la ambición de dominar, que, sin consideración alguna, deseaban des-

truir al pueblo que había sido principal origen de su grandeza); pero el Emperador no atendió su petición.

El Senado de Venecia prohibió á los embajadores florentinos entrar en el territorio de aquella República, alegando que, por su alianza con el rey de Nápoles, no podían, sin participación de éste, oírles.

Los de Siena recibieron amablemente á los embajadores, temiendo que los florentinos les derrotaran antes de que la Liga pudiera defenderles. Por ello procuraron adormecer la fuerza que no podían resistir.

Quisieron los venecianos y el rey Alfonso, según se creyó entonces, enviar embajadores á Florencia para justificar la guerra; pero los florentinos prohibieron á los de Venecia entrar en su territorio y, no queriendo los del Rey ir solos, quedó sin realizar aquella embajada. Con esto conocieron los venecianos que Florencia no temía tratarles de igual modo que ellos habían tratado á los embajadores florentinos.

XXVII. En medio del temor que estos movimientos inspiraban, el emperador Federico III vino á Italia á coronarse, y el 30 de Enero de 1451 entró en Florencia con mil quinientos caballos, recibéndole la Señoría con grandes honras. Permaneció en esta ciudad hasta el 6 de Febrero, en que se trasladó á Roma para la coronación. Coronado solemnemente y celebrada la boda con la Emperatriz, que por mar había ido á Roma, volvió á Alemania, y en Mayo pasó de vuelta por Florencia, donde le hicieron los mismos honores que á la ida. Entonces fué cuando, en recompensa de los servicios que le había prestado el marqués de Ferrara, concedió á éste Módena y Reggio.

No dejaron, entretanto, los florentinos de prepararse.

á la guerra inminente, y para mayor crédito suyo y temor del enemigo, ellos y el duque de Milán hicieron liga con el rey de Francia para defensa de sus Estados, cosa que, con grande alegría y solemnidad, publicaron en toda Italia.

Había llegado el mes de Mayo del año 1452 cuando á los venecianos pareció oportuno el momento de romper las hostilidades contra el duque de Milán, y con diez y seis mil caballos y seis mil infantes acometieron por la parte de Lodi.

Al mismo tiempo, el marqués de Monferrato, ó por propia ambición, ó por sugerencias de los venecianos, le atacó también por la parte de Alejandría.

El Duque había reunido diez y ocho mil caballos y tres mil infantes, y después de proveer de tropas Alejandría y Lodi, y todas las demás plazas que podía atacar el enemigo, invadió con su ejército el territorio de Brescia, haciendo grandísimo daño á los venecianos. Las tropas de ambas partes arrasaban los campos y saqueaban los pueblos indefensos.

Derrotado el marqués de Monferrato en Alejandría por las tropas del Duque, pudo éste disponer de mayores fuerzas contra los venecianos é invadir su territorio.

XXVIII. Mientras la guerra continuaba en Lombardia con varios sucesos poco dignos de memoria, empezó en Toscana, entre el rey Alfonso y los florentinos, no ofreciendo, ni mayores pruebas de valor y pericia, ni mayores peligros que la de Lombardia.

Vino á Toscana Fernando, hijo ilegítimo de Alfonso, con doce mil soldados, al mando de Federico, Señor de Urbino. Su primera empresa fué atacar á Fojano en Val de Chiana porque, contando con la amistad de los siene-

ses, entraron por aquella parte en el territorio florentino. Era este castillo débil de muros, pequeño, y por tanto, con escasa guarnición, pero, para aquellos tiempos, valerosa y fiel. Constaba de doscientos soldados, enviados por la Señoría para guardar aquel punto. Junto á este castillo acampó Fernando, y fué tanto el valor de los de dentro, ó tan poco el de los suyos, que tardó treinta y seis días en apoderarse de la fortaleza, durante los cuales tuvo tiempo el gobierno florentino para guarnecer los puntos más en peligro, reunir todas sus fuerzas y disponerlas á la defensa.

Tomado el castillo de Fojano, pasaron los enemigos al Chianti, donde no pudieron tomar dos pequeños castillos defendidos por sus habitantes y, saliendo de aquella comarca, acamparon junto á la Castellina, castillo situado en los confines de Chianti, á diez millas de Siena, débil de defensa y debilísimo por su situación; pero ambas debilidades no superaban á la del ejército que lo atacó, porque, después de cuarenta y cuatro días que estuvo combatiéndolo, se retiró vergonzosamente.

Tan poco formidables eran entonces los ejércitos, y tan poco peligrosa la guerra, que poblaciones que hoy se abandonan por la imposibilidad de defenderlas, considerábanse entonces inexpugnables.

Mientras Fernando estuvo acampado en Chianti, hizo bastantes correrías y presas en el Florentino, llegando hasta á seis millas de Florencia, con bastante daño y temor de los habitantes de esta ciudad.

Éstos habían concentrado su ejército de ocho mil hombres al mando de Astorre de Faenza y de Gismondo Malatesta hacia el castillo de Colle, teniéndolo apartado del enemigo por temor á dar la batalla, porque creían

que, no corriendo éste peligro, estaban seguros del resultado de la guerra, á causa de que los pequeños castillos que perdiesen, con la paz los recuperarían. De las plazas fuertes estaban seguros, por saber que el enemigo no era capaz de tomarlas.

Tenía, además, el Rey una armada de cerca de veinte barcos, entre galeras y fustas, en las aguas de Pisa y, mientras por tierra atacaba la Castellina, atacó por mar el castillo de Vada, tomándolo por negligencia de su gobernador. Desde este castillo el enemigo hacía correrías por la comarca inmediata; pero pronto se puso remedio á ellas, enviando algunos soldados de Campiglia, que impidieron al enemigo apartarse de la orilla del mar.

XXIX. El Pontífice no se mezclaba en esta guerra, sino para tratar de poner de acuerdo á los contendientes; pero si se abstuvo de la guerra exterior, tóvola en el interior más peligrosa.

Vivía entonces maese Esteban Porcari, ciudadano romano, ilustre por su origen, sus conocimientos y sobre todo por la elevación de su carácter. Deseaba, como desean todos los hombres que apetecen fama, hacer ó proyectar al menos algo digno de memoria, y juzgó no poder intentar otra cosa que el librar á su patria de manos del clero y restablecer el antiguo régimen, esperando, si lo conseguía, ser llamado nuevo fundador y segundo padre de Roma.

Infundíanle esperanza de buen éxito las malas costumbres del clero y lo descontentos que estaban los barones y el pueblo; pero sobre todo los versos de Petrarca en la canción que empieza: *Spirto gentil che quelle membra reggi*, donde dice:

*Sopra il monte Tarpeo, Canzon, vedrai
Un cavalier ch' Italia tutta onora,
Pensoso più d'altrui che di sè stesso (1).*

Sabia maese Esteban que muchas veces inspira á los poetas espíritu divino y profético, y juzgaba que le correspondía acometer la empresa profetizada por Petrarca en aquella canción, siendo el ejecutor de tan gloriosa empresa, por ser, en su concepto, por la elocuencia, el saber, el crédito y el número de amigos superior á los demás romanos.

Dominado por esta idea, no tuvo prudencia, y con palabras, gestiones y modo de vivir dió á conocer sus propósitos, hasta el punto de ser sospechoso al Pontífice, quien lo confinó á Bolonia, encargando al gobernador de esta ciudad que diariamente le hiciera comparecer á su presencia.

No asustó á Porcari esta primera contrariedad, y con mayor empeño prosiguió sus designios, gestionando cautelosamente con sus amigos, y yendo muchas veces á Roma, con tanta celeridad, que siempre volvía á Bolonia á tiempo de presentarse al gobernador á la hora fijada.

Cuando creyó contar con bastantes conjurados para realizar su intento, determinó ponerlo inmediatamente en práctica, encargando á sus amigos de Roma que, en un día determinado, prepararan espléndida cena, á la cual acudieran todos los conjurados, llevando cada cual

(1) Sobre la roca Tarpeya verás, Musa, un caballero á quien Italia entera honra; cuidadoso de sus conciudadanos más que de sí mismo.

Petrarca alude á Nicolás Rienzi.

sus amigos más fieles, y prometió estar con ellos antes de que la cena terminara. Hízose todo como lo había ordenado, y Porcari llegó á la casa donde se cenaba tan á tiempo, que antes de que la cena terminase, presentóse á los conjurados vestido con paño de oro, con collares y otros adornos que le daban aire majestuoso y solemne. Abrazáronle los conjurados, y él, en largo discurso, les animó para la gloriosa empresa. Dijo después lo que cada cual debía hacer. Á la mañana siguiente algunos de ellos debían ocupar el palacio del Papa y los otros distribuirse por Roma, llamando al pueblo á las armas.

Aquella misma noche llegó la conjuración á noticia del Pontífice, según unos por mala fe de algunos conjurados; según otros, porque se supo la vuelta á Roma de maese Porcari. Sea de ello lo que quiera, después de la cena fueron presos Porcari y la mayoría de sus compañeros, y condenados todos á muerte, como merecía su delito. Tal fué el fin de la conspiración de Porcari, cuyo intento acaso elogie alguno, pero nadie el propósito de realizarlo, porque tales empresas, aunque al idearlas tengan alguna sombra de gloria, al realizarlas producen siempre funestos resultados.

XXX. Duraba ya un año la guerra en Toscana (1453) y había llegado la estación para que se acuartelaran los ejércitos, cuando vino en socorro de los florentinos el señor Alejandro Sforza, hermano del duque de Milán, con dos mil caballos. Aumentado con este refuerzo su ejército y disminuído el del Rey, desearon los florentinos ir á recobrar lo que el enemigo les había quitado y, sin gran trabajo, recuperaron algunas plazas.

Atacaron en seguida á Fojano que, por negligencia de los Comisarios, fué saqueado, dispersándose los habitan-

tes, que no volvieron allí sino con mucha dificultad y después de prometerles exenciones de tributos y otras recompensas. También recobraron el castillo de Vada porque, viendo el enemigo que no lo podía defender, lo abandonó y quemó.

Mientras realizaban estas cosas los florentinos, el ejército del rey de Nápoles, no atreviéndose á acercarse al enemigo, había acampado junto á Siena y hacía muchas correrías por las tierras de Florencia, arrasando el país y causando grandes daños y terror.

No descuidó el rey Alfonso ver si podía por otros caminos atacar al enemigo y dividir su fuerza, debilitando, con nuevas agresiones, su resistencia. Era señor de Val de Bagno Gerardo Gambacorti quien, por amistad ú obligación, había estado siempre, como sus antepasados, ó á sueldo ó protegido por los florentinos.

El rey Alfonso le propuso que le cediese su Estado, á cambio de otro que él le daría en el reino de Nápoles. Supieron los florentinos estas negociaciones, y para conocer los propósitos de Gambacorti, le enviaron un embajador que le recordase los deberes de él y de sus antecesores con Florencia, y le exhortara á que permaneciera fiel á esta República.

Mostró Gerardo sorprenderse mucho y, con los mayores juramentos afirmó no haber abrigado jamás tan perversa idea, añadiendo que iría en persona á Florencia para que no cupiese duda de su fidelidad; pero, no pudiendo hacerlo por estar enfermo, enviaría á su hijo, y lo entregó en rehén al embajador para que lo llevara á Florencia. Estas palabras y demostraciones hicieron creer á los florentinos que Gerardo decía la verdad y que su acusador había mentado, no ocupándose más de este asunto.

Pero Gerardo continuó con más instancia las negociaciones con el Rey y, una vez terminadas, mandó Alfonso á Val de Bagno á fray Puccio, caballero de Jerusalén, con bastantes tropas, para tomar posesión del castillo y del Estado de Gambacorti.

El pueblo de Bagno, que era fiel á la República florentina, prometía, contra su voluntad, obediencia á los Comisarios del Rey.

Ya había tomado posesión fray Puccio de casi todo el Estado, y sólo le faltaba apoderarse del castillo de Corzano. Entre los que acompañaban á Gambacorti al tiempo de hacer entrega de este castillo, estaba Antonio Gualandi, pisano, joven valeroso, á quien indignaba la traición de Gerardo; y observando la fortaleza del sitio y, por los gestos y ademanes, el espíritu de la guarnición, al llegar Gerardo á la puerta para dar entrada á los del Rey, se adelantó á él Gualandi, y con ambas manos le empujó fuera del castillo, mandando á la guardia que cerrase, dando con la puerta en rostro á aquel malvado, y conservara la fortaleza á la República florentina.

Al saberse esto en Bagno y en los puntos inmediatos, todos los pueblos tomaron las armas contra los napolitanos, desplegaron la bandera de Florencia y les arrojaron de allí.

Cuando se supo en Florencia lo ocurrido, prendieron al hijo de Gambacorti, que había sido dado en rehén, y mandaron tropas á Bagno para que defendieran, á nombre de la República florentina, aquel Estado, que no fué ya gobernado por ningún Señor, sino convertido en Vicariato. En cuanto á Gambacorti, traidor á su soberano y á su hijo, pudo escapar con grandes dificultades, dejando su mujer, su familia y sus bienes en poder del enemigo

Este suceso causó grande alegría en Florencia, porque si el Rey se hubiera apoderado de Val de Bagno, sin grandes obstáculos ni gastos se corriera á Val de Tiber y al Casentino, molestando tanto á la República, que fuera á ésta imposible oponer todo su ejército al de Alfonso, acampado junto á Siena.

XXXI. Además de lo hecho en Italia, para contrarrestar los esfuerzos de la liga enemiga enviaron los florentinos, como embajador, á Agnolo Acciajuoli para tratar con el rey de Francia de que autorizase al rey Renato de Anjou á venir á Italia en favor de Florencia y del duque de Milán, á fin de que, después de defender á sus aliados, estando en Italia, procurase la conquista del reino de Nápoles, prometiendo para ello ayuda de gente y de dinero.

Mientras en Toscana y Lombardía continuaba la guerra, según hemos dicho, el embajador florentino hizo el tratado con el rey Renato, conforme al cual éste vendría á Italia durante todo el mes de Junio, con 2.400 caballos. Los aliados debían darle, al llegar á Alejandria, 30.000 mil florines y 10.000 más cada mes, durante la guerra.

Al querer el rey Renato, en virtud de este tratado, pasar á Italia, se lo impidieron el duque de Saboya y el marqués de Monferrato, que, por ser amigos de los venecianos, le negaban el paso.

En vista de ello, el embajador florentino le indujo á que volviera á Provenza, y por mar, con algunos de los suyos, fuera á Italia para aumentar el crédito de los aliados, y al mismo tiempo procurase que el rey de Francia influyera con el duque de Saboya á fin de que el resto de sus tropas pasara por este ducado. Como fué acon-

sejado se hizo, porque Renato llegó por mar á Italia, y á sus soldados, por consideraciones al rey de Francia, les dejó pasar el duque de Saboya.

El duque Francisco Sforza recibió al rey Renato con grandes honores y, juntos los ejércitos italiano y francés, atacaron con tanto ímpetu á los venecianos, que al poco tiempo recuperaron todas las poblaciones que éstos habían tomado en el Cremonés. No contentos con esto, ocuparon casi todo el territorio de Brescia, y el ejército veneciano, no considerándose seguro en campo abierto, se concentró junto á los muros de esta ciudad.

Llegó el invierno, determinó el Duque alojar su ejército, y al de Renato dió por alojamiento á Piacenza. Así pasó el invierno de 1453 sin realizar ninguna empresa.

Al empezar la primavera, cuando el Duque se disponía á entrar en campaña y quitar á los venecianos todos sus Estados de tierra firme, el rey Renato le envió á decir que necesitaba volver á Francia.

Esta resolución, inesperada para el Duque, le causó grandísimo desagrado y, aunque inmediatamente fué á donde el Rey estaba para disuadirle de la partida, no pudo conseguirlo ni con ruegos ni con promesas, accediendo sólo á dejar parte de sus tropas y á enviar á su hijo Juan para que estuviera al servicio de los aliados.

No desagrado á los florentinos que se fuera el rey Renato, porque, habiendo recobrado todas sus plazas y castillos no temían ya al rey de Nápoles y, por otra parte, deseaban que el duque de Milán no adquiriese más que sus tierras de Lombardía.

Partió Renato y envió á su hijo, como había prometido, á Italia, quien no se detuvo en Lombardía, viniendo

á Florencia, donde fué recibido con grandes honras.

XXXII. La partida del rey Renato ocasionó que el duque de Milán se inclinara á la paz. Deseábanla también los venecianos, el rey Alfonso y los florentinos, agobiados por los gastos, y el Papa había hecho y hacía todo género de gestiones para conseguirla, porque en este mismo año el sultán Mahomet había tomado á Constantinopla y dominado toda la Grecia. Estas conquistas asustaron á todos los cristianos y, más que á los otros, á los venecianos y al Papa, que creían ver ya las armas turcas en Italia.

Rogó, pues, el Papa á los gobiernos de Italia que le enviaran embajadores para hacer una paz universal. Todos obedecieron este deseo; pero, al llegar á las negociaciones, se tropezaba con muchas dificultades para ajustarla.

Quería el rey Alfonso que los florentinos le abonaran los gastos de la guerra, y los florentinos querían que se los abonaran á ellos. Los venecianos pedían al duque de Milán Cremona, y el Duque á ellos Bérgamo, Brescia y Crema; de suerte que parecía imposible encontrar arreglo de estas encontradas pretensiones.

Pero lo que en Roma parecía á muchos difícil de hacer, en Milán y Venecia entre los dos contendientes fué facilísimo; porque mientras en Roma se gestionaba la paz, el Duque y los venecianos el 9 de Abril de 1454 la ajustaban, conviniendo en que cada cual quedara con las poblaciones y territorio que poseía antes de la guerra, concediéndose al Duque que recobrará todo lo que le habían tomado el marqués de Monferrato y el duque de Saboya y fijando un mes á los demás príncipes italianos para adherirse á esta paz.

Dentro de este plazo se adhirieron el Papa, los floren-

tinios, los sieneses y otros potentados de menor importancia.

No contentos con esto, el duque de Milán, los florentinos y los venecianos pactaron paz por veinticinco años.

El único soberano de Italia á quien disgustó esta paz fué el rey Alfonso por creer que se había pactado sin consideración á él, puesto que debía entrar en ella su reino, no como potencia contratante, sino como secundaria y adherente. A causa de ello estuvo mucho tiempo sin manifestar sus designios. Pero el Papa y los demás soberanos le enviaron varias solemnes embajadas, y de ellas, y principalmente del Pontífice, se dejó persuadir, entrando en la liga con su hijo por treinta años. Además hizo un tratado especial con el duque de Milán, con doble parentesco y dobles bodas, casando recíprocamente sus hijas con sus hijos. Mas para que en Italia quedase siempre semilla de guerra, no consintió Alfonso en ratificar la paz hasta que los aliados le permitieron que, sin ofensa de ellos, pudiera hacer la guerra á los genoveses, á Gismondo Malatesta y á Astorre, señor de Faenza.

Realizado este acuerdo, su hijo Fernando, que se encontraba en Siena, volvió á Nápoles, no habiendo hecho en su expedición á Toscana ninguna conquista y sí perdido mucha gente.

XXXIII. Ajustada la paz general, temíase que el rey de Nápoles, por su enemistad con los genoveses, la turbara; pero el destino lo dispuso de otro modo, porque la turbó, no el Rey abiertamente, sino, como de antiguo ocurría, la ambición de los soldados mercenarios.

Terminada la guerra, los venecianos, según costumbre, licenciaron á Jacobo Piccinino, su general, y á sus tropas. Uniéronse á éste otros capitanes sin sueldo; pasa-

ron á la Romaña y de aquí al territorio de Siena, á cuya República declaró la guerra Jacobo, ocupando algunas plazas.

Al comenzarse estos disturbios y al principio del año 1455, murió el papa Nicolás, siendo elegido por sucesor Calixto III.

Este Pontífice, para sofocar aquella guerra vecina á los Estados de la Iglesia, reunió inmediatamente cuantos soldados pudo á las órdenes de su general Juan Ventimiglia y, con tropas de los florentinos y del duque de Milán, que concurrieron á terminar y reprimir aquel movimiento, los envió contra Piccinino. Dióse la batalla junto á Bolsena, y aunque Ventimiglia cayó prisionero, Piccinino fué batido, retirándose casi en derrota á Castiglione de la Pescaia y, á no enviarle el rey Alfonso, como le envió, socorro de dinero, su destrucción fuera completa.

Esta conducta del Rey hizo creer á todos que Piccinino había promovido aquella guerra por orden de Alfonso, quien, viéndose descubierto, para restablecer la paz y reconciliarse con los aliados, cuya confianza casi se había enajenado con esta pequeña guerra, hizo que Piccinino restituyese á Siena las plazas ocupadas, á condición de que esta República le daría 20.000 florines. Hecho el pacto recibió á Piccinino con sus tropas en su reino.

Mientras el Papa procuraba contener la revuelta de Jacobo Piccinino, atendía á prevenir los peligros de la cristiandad, amenazada de caer bajo el yugo de los turcos, y para ello mandó á todas las naciones cristianas embajadores y predicadores á fin de persuadir á los soberanos y á los pueblos á que se armasen en defensa de su religión, y con dinero y con gente favorecieran la empresa contra

el enemigo común. En Florencia se recaudaron cuantiosas limosnas, y muchos se pusieron la cruz roja como señal de estar dispuestos á contribuir con sus personas. También se hicieron solemnes procesiones, y pública y privadamente se demostró que los florentinos querían ser de los primeros cristianos que con sus consejos, su dinero y sus personas acudieran á tal empresa.

Este entusiasmo por la Cruzada se entibió, sin embargo, al llegar la noticia de que al ejército turco que sitiaba á Belgrado, fortaleza de Hungría situada á orillas del Danubio, lo habían derrotado los húngaros; triunfo que al Pontífice y á la cristiandad quitó el miedo que les infundió la pérdida de Constantinopla. Proce-dióse, pues, desde entonces con lentitud á los preparativos de la guerra, y hasta los mismos húngaros se enfriaron, por la muerte del vaivoda Juan que había ganado aquella victoria (1).

(1) Refiérese á Juan Corvino, vaivoda de Transilvania, que mandaba á los húngaros en tiempo del rey Ladislao, y fué el más famoso general de su tiempo. Derrotó á los turcos en 1442 y 1443, obligándoles á levantar el sitio de Belgrado. Nombrado gobernador de Hungría, tanto le temían los turcos, que era considerado por ellos como una plaga enviada por el cielo para castigar su nación. Fué derrotado en 1448; pero diez años después obligó á Mahomet II á levantar precipitadamente el sitio de Belgrado, á pesar de que contaba con un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, que derrotó, quedando en el campo cuarenta mil muertos ó heridos.

En este mismo año de 1458 murió en Zemplin, ciudad de la Alta Hungría, y Mahomet, que le estimaba como el mejor capitán de su tiempo, mostró sentir su muerte, quejándose de que la fortuna le privase del único general con quien le fuera glorioso medir las armas. Después de su muerte pasó la corona de Hungría á la casa de Austria, siendo elegido Ladislao Alberto.

XXXIV. Volviendo á las cosas de Italia, corría el año 1456 cuando acabaron los disturbios promovidos por Jacobo Piccinino y, quedando en reposo las armas de los hombres, pareció que Dios las empuñaba: tan grande fué el huracán que ocurrió, ocasionando en Toscana efectos desconocidos hasta entonces y que, en lo porvenir, se considerarán memorables y maravillosos. El 24 de Agosto, una hora antes de amanecer, se elevó del mar Adriático, hacia Ancona, atravesando Italia para entrar en el Mediterráneo por las inmediaciones de Pisa, un enorme remolino de nubes que en todos sentidos ocupaba unas dos millas de extensión. Empujado este torbellino por fuerza natural ó sobrenatural, combatía y se destrozaba, llevando las nubes unas veces hacia el cielo y hacia la tierra otras; hacíalas chocar unas contra otras, y á veces giraban con grandísima velocidad, precediéndolas un vendaval impetuosísimo y produciendo con su choque grandes relámpagos y exhalaciones.

Estas nubes al desgarrarse, este huracán terrible, estos repetidos relámpagos, producían un ruido mil veces más espantoso que el del terremoto y el trueno, causando tanto terror, que los que lo oían juzgaban llegado el fin del mundo, y que la tierra, el agua, el resto del cielo y del mundo, mezclándose y confundiéndose, volvían al antiguo caos.

Produjo este espantoso huracán por donde pasó inauditos y maravillosos efectos; pero más notables que en ninguna otra parte, en las inmediaciones del castillo de San Casciano.

Está situado este castillo á ocho millas de Florencia, sobre la colina que separa los valles de Pesa y de Grieve. Por entre este castillo y la aldea de San Andrés, si-

tuada en la misma colina, pasó la furiosa tempestad. No causó daño en San Andrés, y en San Casciano sólo derribó algunas canales y chimeneas; pero en el espacio comprendido entre ambos puntos, gran número de casas quedaron completamente destruidas. Los techos de las iglesias de San Martín, en Bagnuolo, y de Santa María de la Paz, fueron arrancados de cuajo y transportados enteros á más de una milla de distancia. Un arriero fué arrastrado con sus mulas fuera del camino, encontrándole muerto en las profundidades inmediatas. Las mayores encinas, los más corpulentos árboles que no se encorvaban ante el huracán, fueron arrancados y arrastrados lejos de donde tenían sus raíces.

Cuando pasó la tempestad y vino la luz del día, quedaron los hombres mudos de terror y espanto. Toda la campiña estaba arrasada; las casas y las iglesias en ruinas. Oíanse los llantos de los que miraban sus posesiones destruidas y sus parientes y animales aplastados bajo los escombros. Cuanto se veía y oía llenaba de miedo y compasión.

Quiso Dios, sin duda, más bien amenazar que castigar á Toscana, porque si aquel huracán penetra por entre las casas de una ciudad populosa, como penetró entre los árboles y pocos y aislados edificios, no puede calcular la imaginación los destrozos que hubiera causado. Pero Dios se contentó con que, por entonces, bastara aquel ejemplo, para que los hombres no olvidaran su poder.

XXXV. Dije, en el punto en que dejé esta historia, que el rey Alfonso no quedó satisfecho de la paz; y después de ver que la guerra promovida, á instigación suya, por Jacobo Piccinino contra los de Siena, sin motivo alguno justificado, no produjo ningún efecto importante,

resolvió intentar si podía sacar algún partido de la agresión á que los artículos del tratado le autorizaban. Así, pues, en el año 1456 atacó por mar y tierra á los genoveses, deseoso de dar el mando en esta República á los Adorno y quitárselo á los Fregoso, que la gobernaban. Además, hizo pasar el río Tronto á Jacobo Piccinino para atacar á Gismondo Malatesta; pero éste, que había fortificado bien sus plazas, desdeñó la invasión de Piccinino, de suerte que la empresa no produjo resultado alguno. Pero el ataque á los genoveses ocasionó á Alfonso y á su reino más daño del que pudiera imaginar.

Era entonces dux de Génova Pedro Fregoso, quien, dudando poder resistir el impetu del ejército del Rey, determinó dar lo que no podía defender á alguno capaz de protegerle contra los enemigos y, en cualquier ocasión, recibir de él la recompensa por tan gran servicio. Envió, por tanto, embajadores á Carlos, rey de Francia, ofreciéndole la soberanía de Génova. Aceptó el rey Carlos la oferta, y envió para tomar posesión de aquella ciudad á Juan de Anjou, hijo de Renato (1458), que poco antes había salido de Florencia, de vuelta á Francia.

Creía el rey Carlos que Juan de Anjou, por haber adquirido ya las costumbres italianas, podría, mejor que ningún otro, gobernar la ciudad, y además que, desde allí, acometería la empresa contra Nápoles, de cuyo reino había despojado Alfonso á su padre Renato. Fué, pues, Juan de Anjou á Génova, donde le recibieron como príncipe, poniendo á su disposición la fortaleza y el Estado.

XXXVI. Este suceso alarmó á Alfonso, por comprender que se había proporcionado un enemigo sobradamente importante; pero no se asustó, continuando con

vigor su empresa; y tenía ya su armada en Villamarina y Portofino; cuando, acometido de súbita enfermedad, murió.

Por su muerte quedaron Juan de Anjou y los genoveses libres de la guerra, y Fernando, que sucedió á su padre Alfonso en el trono, vivía temeroso por tener un enemigo de tanta consideración en Italia y por dudar de la fidelidad de muchos de sus barones que, ávidos de novedades, podían declararse en favor de los franceses.

Temía, además, del Papa, cuya ambición conocía, que, por ser rey nuevo, intentara despojarle del reino. Sus esperanzas las cifraba en el duque de Milán, tan cuidadoso de las cosas del reino de Nápoles como el mismo Fernando, porque temía que, si los franceses se apoderaban de él, intentarían hacer lo mismo con su Ducado, sabiendo que creían poder dominar en él como en cosa suya. Envió por tanto el duque Sforza, inmediatamente después de la muerte de Alfonso, cartas y tropas á Fernando, éstas para aumentar su crédito y sus fuerzas, aquéllas para animarle con la seguridad de que en ningún apuro le abandonaría.

Al morir Alfonso, intento el Pontífice dar aquel reino á su sobrino Pedro Luis Borgia y, para disfrazar este designio y procurarse el concurso de los demás príncipes de Italia, publicó que quería poner el reino de Nápoles bajo la dominación de la Iglesia. Por ello persuadía al duque de Milán de que no debía dar auxilio alguno á Fernando, ofreciéndole respetar las plazas que ya poseía en el reino de Nápoles.

Pero durante estos proyectos y negociaciones murió Calixto III, sucediéndole en el pontificado Pío II, natural de Siena, de la familia de los Piccolomini, llamado

Eneas. Este Pontífice, cuidadoso sólo de beneficiar á los cristianos y de honrar la Iglesia, dejando á un lado toda pasión privada y, á ruegos del duque de Milán, coronó á Fernando rey de Nápoles; pues juzgaba llegar más pronto á la paz en Italia manteniendo la posesión del reino en Fernando, que favoreciendo á los franceses para que lo ocuparan, ó queriendo, como Calixto III, tomarlo para sí.

Por este beneficio hizo Fernando príncipe de Amalfi á Antonio, sobrino del Papa, casando con él á una hija natural suya, y además devolvió á la Iglesia Benevento y Terracina.

XXXVII. Parecía, pues, asegurada la tranquilidad en Italia, y preparábase el Pontífice á mover á la cristiandad contra los turcos, siguiendo la empresa comenzada por su antecesor Calixto III, cuando ocurrió una disensión entre los Fregoso y Juan de Anjou, Señor de Génova, de donde nació mayor y más importante guerra que las anteriores.

Encontrábase Pedro Fregoso en uno de sus castillos en la ribera de Génova, disgustado por creer que Juan de Anjou no le había recompensado conforme á sus servicios y á los de su casa, por los cuales era Señor de aquel Estado, y llegaron por tanto á manifiesta enemistad.

Agradó este suceso al rey Fernando, considerándolo único remedio y única vía para su salvación, y ayudó á Fregoso con gente y dinero, esperando por medio de él la expulsión de Juan de Anjou. Comprendiéndolo Anjou, pidió socorro á Francia, con el cual atacó á Fregoso; pero los auxilios que éste había recibido le daban mucha fuerza, y Juan de Anjou se vió obligado á encerrarse en la ciudad, donde una noche entró Fregoso, apoderándose de algunos puntos de ella; más, al llegar el día, las

tropas de Anjou le batieron y mataron, quedando todos sus soldados muertos ó prisioneros.

Esta victoria animó á Juan de Anjou á invadir el reino de Nápoles, y en Octubre de 1459 partió de Génova con poderosa armada en dirección á Nápoles, desembarcó en Baia, y de allí fué á Sessa, donde le recibió el Duque de este nombre.

Unieronse á Juan de Anjou el príncipe de Tarento, los habitantes de Aquila y muchas otras ciudades y príncipes, de suerte que la ruina de Fernando parecía inevitable.

El Rey pidió auxilio al Papa y al duque de Milán y, para tener menos enemigos, hizo un tratado de paz con Gismondo Malatesta (1460), por lo cual se indignó tanto Jacobo Piccinino, enemigo acérrimo de Gismondo, que abandonó al Rey y entró á sueldo de Juan de Anjou.

Fernando envió también dinero á Federico, Señor de Urbino y, en cuanto pudo, reunió lo que en aquellos tiempos podía llamarse un buen ejército, haciendo frente al enemigo junto al río Sarni. Dada la batalla, fué derrotado el rey Fernando, cayendo prisioneros muchos de sus mejores capitanes. Después de esta derrota permaneció fiel á Fernando la ciudad de Nápoles, y pocos príncipes y pueblos, pues la mayoría se entregaron á Juan de Anjou.

Deseaba Jacobo Piccinino que Juan de Anjou, victorioso, se dirigiera á Nápoles, apoderándose de la cabeza del reino; pero éste no quiso, manifestando que su plan era quitar á Fernando todos los Estados, y después sitiarle en la capital, por creer que, privado de todas las demás plazas, la conquista de Nápoles sería más fácil. Esta determinación le hizo perder la empresa, por no

comprender que más fácilmente siguen los miembros á la cabeza que la cabeza á los miembros.

XXXVIII. Después de la derrota refugióse el rey Fernando en Nápoles, donde recibía á los expulsados de sus Estados, y con los procedimientos más humanos logró, reuniendo algún dinero, organizar una base de ejército.

Pidió nuevamente ayuda al Papa y al duque de Milán, y ambos le socorrieron en seguida, y más copiosamente que la primera vez, porque temían mucho que perdiera su reino.

Reunidas numerosas fuerzas, salió el rey Fernando de Nápoles y, comenzando á adquirir fama, reconquistaba las ciudades perdidas.

Mientras estaba empeñada la guerra en el reino de Nápoles, ocurrió un suceso que privó á Juan de Anjou de toda su preponderancia y de la posibilidad de vencer en aquella empresa.

Tanto irritaba á los genoveses el gobierno avaro y orgulloso de los franceses, que tomaron las armas contra el gobernador puesto por el rey de Francia, obligándole á refugiarse en el Castelletto. En esta empresa estuvieron de acuerdo Fregosos y Adornos, y les ayudó el duque de Milán con dinero y gente, no sólo para reconquistar la independendencia, sino para mantenerla, tanto, que el rey Renato, que vino después con una armada en socorro de su hijo, esperando reconquistar á Génova por tener aún los franceses el Castelletto, al saltar con sus tropas en tierra fué vencido de tal modo que volvió avergonzado á Provenza.

Al llegar al reino de Nápoles las noticias de estos sucesos, desanimaron bastante á Juan de Anjou, pero no

le hicieron abandonar la empresa, y mantuvo algún tiempo la guerra ayudado por los barones que, por su rebelión, nada esperaban del rey Fernando. Finalmente, después de muchos y diversos accidentes, ambos ejércitos vinieron á las manos, y el de Juan de Anjou fué derrotado cerca de Troia, en el año de 1463.

No le perjudicó tanto este desastre como la separación de Jacobo Piccinino, que se pasó al rey Fernando; porque, quedando sin fuerzas, se retiró á Ischia, y poco después volvió á Francia.

Duró esta guerra cuatro años, y perdió la campaña Anjou por su negligencia, pues por el valor de sus soldados la hubiera ganado muchas veces. No intervinieron en ella los florentinos de un modo ostensible: verdad es que el rey Juan de Aragón, elevado al trono por muerte de Alfonso, les envió una embajada, pidiéndoles que socorriesen á su sobrino Fernando, según estaban obligados por el tratado hecho con el rey Alfonso, á lo cual respondieron que no tenían ninguna obligación con Fernando, ni ayudarían al hijo en una guerra que promovió el padre con sus tropas y que, habiéndola emprendido sin su consejo ni conocimiento, la siguiera y terminara el hijo sin su auxilio. Los embajadores protestaron contra esta violación de la fe jurada, declarando responsable al gobierno florentino de los daños, y partieron indignados contra la república de Florencia.

Durante esta guerra los florentinos tuvieron paz en el exterior y disturbios interiores que detalladamente referiré en el libro siguiente.